



**“Ante la admiración de cielo y tierra,
engendraste a tu Santo Creador”**

A partir del 17 de diciembre empieza la intensa cuenta atrás hacia el Nacimiento de Jesús. La mirada de la Iglesia y de la liturgia se centra totalmente en MARÍA con el Niño a punto de nacer de Ella. Los deliciosos misterios previos al nacimiento que el Evangelio nos revela nos serán propuestos en las celebraciones litúrgicas para que los consideremos y los contemplemos detenidamente.

En María se cifran casi todos: Anuncio del ángel, Visitación a su prima, Alabanza divina, Nacimiento del precursor, Viaje a Belén pidiendo posada, Expectación del parto... Es evidente que por todo ello la Madre-Virgen, no puede sino ser el arquetipo divino del Adviento, la **doncella que por su humildad y su pureza enamoró al mismo Dios**; la Virgen de la escucha atenta; la Virgen del sí, del Hágase, de la fidelidad... En estos días tiene todo el Cielo dentro de Ella. Es **un Poema de amor**. Increíble y delicioso Misterio de Maternidad divina, de su Concepción Inmaculada.

María es la Mujer totalmente dócil a las acciones del Espíritu Santo; **Mujer del silencio y de la escucha; Mujer de la esperanza y del abandono...** El amor de Dios se revela en Ella de manera maravillosa.

“Tal revelación es especialmente fructuosa porque se funda, por parte de la Madre de Dios, sobre el tacto singular de su corazón materno, sobre su sensibilidad particular, sobre su especial aptitud para llegar a todos aquellos que aceptan más fácilmente el amor misericordioso de parte de una madre. Es este uno de los misterios más grandes y vivificantes del cristianismo, tan íntimamente vinculado con el misterio de la Encarnación” (San Juan Pablo II).

Agradecer su Sí

La Virgen esperó con inefable amor de Madre... Así resume la liturgia toda la realidad que vive estos días. Mirémosla despacio, contemplemos su figura y su alma antes, durante y después de la visita del Ángel... Quedémonos extasiados, conmovidos, enamorados...

María es siempre, pero más en este trance del nacimiento, **Modelo de vida interior**. Maestra de oración. Transparencia de pureza virginal...

“Y el Nombre de la Virgen era María... Dios te salve, llena de gracia. El Señor está contigo. Bendita entre todas las mujeres, porque de tu vientre virginal va a nacer Dios”.

San Bernardo en una homilía **sobre las excelencias de la Virgen Madre**, comenta de manera sublime la escena de la anunciación, y cómo el mundo entero está pendiente de este Sí único y trascendental:

“Oíste, Virgen, que concebirás y darás a luz a un hijo; oíste que no será por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Mira

que el ángel aguarda tu respuesta, porque ya es tiempo que se vuelva al Señor que lo envió. También nosotros, los condenados infelizmente a muerte por la divina sentencia, esperamos, Señora, esta palabra de misericordia.

Se pone entre tus manos el precio de nuestra salvación; en seguida seremos librados si consientes. Por la Palabra eterna de Dios fuimos todos creados, y a pesar de eso morimos; mas por tu breve respuesta seremos ahora restablecidos para ser llamados de nuevo a la vida.

Esto te suplica, oh piadosa Virgen, el triste Adán, desterrado del paraíso con toda su miserable posteridad. Esto Abrahán, esto David, con todos los santos antecesores tuyos, que están detenidos en la región de la sombra de la muerte; esto mismo te pide el mundo todo, postrado a tus pies.

Y no sin motivo aguarda con ansia tu respuesta, porque de tu palabra depende el consuelo de los miserables, la redención de los cautivos, la libertad de los condenados, la salvación, finalmente, de todos los hijos de Adán,

de todo tu linaje.

Da pronto tu respuesta. Responde presto al ángel, o, por mejor decir, al Señor por medio del ángel; responde una palabra y recibe al que es la Palabra; pronuncia tu palabra y concibe la divina; emite una palabra fugaz y acoge en tu seno a la Palabra eterna.

¿Por qué tardas? ¿Qué recelas? Cree, di que sí y recibe.

Que tu humildad se revista de audacia, y tu modestia de confianza. De ningún modo conviene que tu sencillez virginal se olvide aquí de la prudencia. En este asunto no temas, Virgen prudente, la presunción; porque, aunque es buena la modestia en el silencio, más necesaria es ahora la piedad en las palabras.

Abre, Virgen dichosa, el corazón a la fe, los labios al consentimiento, las castas entrañas al Criador. Mira que el deseado de todas las gentes está llamando a tu puerta. Si te demoras en abrirle, pasará adelante, y después volverás con dolor a buscar al amado de tu alma. Levántate, corre, abre. Levántate por la fe, corre por la devoción, abre por el consentimiento.

Aquí está –dice la Virgen– la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”.

Considerar la humildad de nuestro Dios. Exinanivit

La humildad es fundamento, la clave, para poder entender algo del misterio de la Encarnación. Humildad, es decir, hacerse pequeño, desaparecer a nosotros mismos y a nuestras seguridades. Empequeñecernos como San Juan Bautista. Porque **el Verbo al hacerse carne viene a desaparecer**, renunciando a los atributos que le corresponden como Dios, a pasar en la tierra como uno más... Por eso dice de Él San Pablo: **Exinanivit**, es decir, "se aniquiló", tomó forma de siervo.

Considerando este misterio desconcertante de humildad divina verdaderamente tenemos que decir *“tus caminos, Señor, no son nuestros caminos; tus planes no son nuestros planes”* (Is 55,8). El Señor nos deja sin palabras, ya no hay mucho más qué decir...

Tras el Sí de la Virgen en la Anunciación, ocurre lo inaudito: "El Verbo se hizo carne", es decir, se sepultó en la naturaleza humana, se anonadó...

Y es que, como Jesús viene a sanar nuestra soberbia, quiere hacerlo, tiene que hacerlo, no con palabras, sino con su vida. "Aprended de mí que soy paciente y humilde de corazón", dirá 30 años después, pero ya desde ahora parece decírmelo. *Exinanívit*, "¡se anonadó!".

Dice San Agustín que no es que Jesús sea humilde, sino que ¡es la misma humildad!: "¿Qué otra cosa es Cristo sino esta humildad? -se pregunta-. "En ella, con ella, nos podemos aproximar a Dios, porque la humildad es el misterio que gobierna la vida de Cristo". Y es que la médula de la Cristología de San Agustín es precisamente esta humildad de Jesús, este anonadamiento.

Y con san Agustín toda la tradición de la Iglesia. Por ejemplo San León Magno dice lo siguiente: "¿En qué consiste la vida cristiana? En imitar a aquel que se abrazó, desde el instante de su encarnación hasta la cruz, con aquella humildad voluntaria, y se abrazó con todas sus fuerzas".

Por eso nada tiene de extraño que la reacción inmediata de la Virgen sea también de profunda humildad: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.*

El que ama, se hace esclavo

"Cuando uno ama a alguien, depende siempre de él. Y cuanto más ama, mayor es la dependencia. Y finalmente, si uno ama perfectamente, depende totalmente. ¿Esa «dependencia total» de un ser, no es, después de todo, lo que se llama una «esclavitud»? Yendo hasta «el extremo del amor», ¿no tomó Dios «la condición de esclavo» y Jesús no se encontró a sí mismo de rodillas ante sus Apóstoles, para lavarles los pies? (Flp 2,7; Jn 13,1). Pero esta dependencia total, esta «esclavitud», por ser «amor» es libertad suprema.

Una vez más, el amor derriba y consagra, y convierte la «esclavitud de amor» en experiencia de libertad suprema. **Cuando se depende por amor, la dependencia se convierte siempre en camino de libertad**, y entonces, a mayor «dependencia», mayor libertad, hasta llegar a la dependencia total - la «esclavitud» - que se hace libertad soberana" (Morinay)

Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros

En el Corazón de la Virgen se han juntado cielo y tierra, tiempo y eternidad, hombre y Dios. Al decir *hágase*, Dios y el hombre se han fundido en unidad de persona. Adoremos en silencio, llenos de asombro.

El amor se mete en nuestras vidas. Se hace un Niño en el seno de María. **Viene a curar nuestra soberbia**. Cuando te hieren tu orgullo reacciona: «Me toman por un niño». Pues eso se hizo Dios: niño pequeño. *Aprended de mí, que soy humilde* (Mt 11, 29). *Si no os hacéis como niños...* (Mt 18, 3).

Quien se detiene a meditar ante el Hijo de Dios que yace inerte en el pesebre no puede por menos de quedar sorprendido por este acontecimiento humanamente increíble; no puede por menos de compartir el asombro y el humilde abandono de la Virgen María, que Dios escogió como Madre del Redentor precisamente por su humildad.

En el Niño de Belén todos los hombres descubren que son amados gratuitamente por Dios; con la luz de la Navidad se nos manifiesta a cada uno de nosotros la infinita bondad de Dios. (...) Vino para revelarnos el verdadero rostro del Padre. Y si ahora nosotros usamos la palabra Dios, ya no se trata de una realidad conocida sólo desde lejos. Nosotros conocemos el rostro de Dios: es el rostro del Hijo, que vino para hacer más cercanas a nosotros, a la tierra, las realidades celestes. San Juan explica: "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó primero"

En la Navidad resuena en el mundo entero el anuncio sencillo y desconcertante: "Dios nos ama". "Nosotros amamos -dice san Juan- porque él nos amó primero" (Benedicto XVI, Audiencia general del 3 de enero de 2007)

Dios "no es, en primer lugar, poder absoluto, sino **amor absoluto cuya soberanía no se manifiesta en tener para sí lo que le pertenece, sino en su abandono**". El Dios que contemplamos en el pesebre es Dios-Amor (Urs V Batlthasar)

Envió a su Hijo, nacido de Mujer (S. Proclo de Constantinopla)

Que la naturaleza salte de gozo y que exulte todo el género humano, porque también las mujeres son honradas. Que la humanidad forme un coro de danza...: "Allí donde creció el pecado, más desbordante fue la gracia" (Rm 5,20). La Santa Madre de Dios nos ha reunido aquí; la Virgen María, tesoro purísimo de la virginidad, paraíso espiritual del segundo Adán, lugar de unión de las dos naturalezas, lugar de intercambio en el que se ha concluido nuestra salvación, cámara nupcial en la que Cristo se ha desposado con nuestra carne. Ella es la zarza espiritual que el fuego del nacimiento de un Dios no ha podido quemar, la nube ligera que nos ha traído a aquel que tiene su trono sobre los querubines, el vellón purísimo que ha recibido al rocío celestial... María, esclava y madre, virgen, cielo, puente único entre Dios y los hombres, telar sobre el cual se tejió la túnica de la encarnación, en el que la unión de las dos naturalezas fue admirablemente confeccionada: el Espíritu Santo ha sido el tejedor de tal maravilla.

Dios, en su bondad, no ha tenido a menos el nacer de una mujer, aunque el mismo que se debía formar en Ella era, Él mismo, la vida. Ahora bien, si la madre no hubiese permanecido virgen, este nacimiento no hubiera tenido nada de sorprendente; simplemente habría nacido un hombre. Pero puesto que Ella permaneció virgen, incluso después del nacimiento, ¿cómo no se trataría, pues, de Dios y de un misterio inexplicable? Nació de manera inefable, sin mancha alguna, Él, que más tarde entrará sin dificultad alguna, cerradas todas las puertas, y ante quien Tomás, contemplando la unión de sus dos naturalezas, exclamará: "Mi Señor y mi Dios" (Jn 20,28).

Por amor a nosotros, el que por naturaleza es incapaz de sufrir, se expuso a numerosos sufrimientos. Cristo no llegó a ser Dios poco a poco; ¡de ninguna manera! Sino que, siendo Dios, su misericordia hacia nosotros le impulsó a hacerse hombre, tal como nos lo enseña la fe. No predicamos a un hombre que llegó a ser Dios, sino que proclamamos a un Dios hecho carne. **Escogió por madre a su esclava**, Él, que por naturaleza no conoce madre y que, sin padre, se encarnó en el tiempo.